

generosidad interesada hacer valer su crédito en el gobierno general mas que el de sus hermanos, ó porque creyó que no se despojaba de los derechos que cedia á un niño que en mucho tiempo no podia hallarse en el caso de hacerlos valer. Sea lo que fuere, él cedió al desmembramiento que se hizo de la Alemania y parte de la Borgoña en favor del niño Carlos, y se empeñó altamente en ser su protector. La emperatriz agradecida le dejó á Lotario tomar toda la autoridad que quiso. Entretanto el emperador, que pasaba el tiempo en cantar salmos, en conferenciar con los obispos, y en prescribir ayunos por la noticia de un desembarco de los bárbaros, ó porque habia aparecido algun fenómeno, se olvidaba en medio de sus ocupaciones, edificantes por otra parte, de que Dios le habia puesto al frente del gobierno y de la administracion de su pueblo. Príncipe débil á fuerza de indulgencia, si se condenaba á los malhechores, él los perdonaba despues, y con esta impunidad se multiplicaban de dia en dia los desórdenes. Otra raiz de subversion era, que no pasando su penetracion de la superficie de las cosas ni de las personas, ponía las de mas bajo nacimiento en las prelaturas mas altas, por sola la simple apariencia de piedad y devocion, sin cerciorarse de sus talentos.

Contra semejante administracion no les costó mucho trabajo á los reyes Pipino y Luis formarse un partido (1), y el mismo Lotario se arrepintió de las promesas que habia hecho á la emperatriz. Creyó esta disipar la tempestad poniendo al frente de los negocios á Bernardo, conde de Barcelona, muy acreditado en el imperio, grande hombre de guerra, emprendedor y atrevido, para quien todo se creia que era cosa fácil. Pero el genio soberbio del conde,

(1) *Ann. Met.* 829; *Ann. S. Bertin*, 830.

exaltado con el nuevo favor, y la indignidad con que escluyó de los empleos á todos los hombres de bien, juntamente con su fausto en medio de la miseria pública, y sus concusiones y violencias para amontonar dinero, acabaron de irritar los ánimos, y proporcionaron plausibles pretextos á la envidia de Lotario. Como el emperador Luis habia conferido á Bernardo la dignidad de chambelan ó mayordomo mayor, que era entonces la primera del reino, como tal y como gran maestre de palacio tenia á su cargo, en comua con la emperatriz, el detalle de la casa imperial, lo cual le proporcionaba frecuentes relaciones con la princesa. De esto tomaron ocasion para calumniar su trato; y la negligencia y simplicidad del emperador, la figura del conde, y mas que todo el ódio general, hizo que el público lo creyese. Los personajes mas graves, como Pascasio Ratherto, doctor de los mas famosos de su tiempo, que llegó á ser abad de Corbia, llegaron hasta imputar á este ministro la intencion de quitar la vida al emperador y á sus tres hijos del primer matrimonio para casarse con la emperatriz.

El ilustre y piadoso Vala, que todavía era abad de este monasterio, y no estaba muy contento con la corte, no se pudo librar de la credulidad; y en el supuesto peligro del Estado hizo mérito de no atender á las impresiones de la carne y de la sangre, declarándose contra el conde Bernardo que era su cuñado. Hilduino, abad de San Dionisio, y archicapellan; Jesé, obispo de Amiens; los santos arzobispos de Lyon y de Viena, Agobardo y Bernardo, con otros muchos personajes distinguidos por su clase y sus virtudes, se comprometieron tambien en esta artificiosa faccion, creyendo que así se declaraban por el bien público y hasta por el servicio del mismo emperador (1).

(1) *Vit. Val.* cap. 10; *Theg.* cap. 35, et 37.

Estos ejemplos arrastraron el torrente de los señores: todos fueron á Compiègne con los gefes de la conspiracion, mientras el emperador estaba en Bretaña, ocupado contra los bretones que pretendian sustraerse de la dominacion francesa. Con esta noticia perdió la cabeza, y cuando el conde Bernardo le podia ser útil, le separó de sí, y fué á la asamblea de los conjurados á ponerse á discrecion de sus hijos. Desde luego le obligaron á que hiciese tomar el velo á la emperatriz encerrándola en el monasterio de Santa Radegunda de Poitiers, para que allí hiciese penitencia, y despues quisieron que el rey se hiciese monge. Pero como mostrase mucha repugnancia, y el espectáculo de un soberano tan indignamente tratado empezase á conmover el corazón de los franceses, se acordó poner á su lado varias personas para que por via de persuasion le empeñasen en lo que deseaban.

Entre esas personas habia un religioso, hábil y de resolucion, llamado Gundebaldo (1). Este pensó en restablecer su emperador, y le comunicó su pensamiento; pero á la primera indicacion, el príncipe palideció de susto, y no mirarlo mas que el peligro de la tentativa, se creia ya muerto, si consentia, ó por lo menos cortado el cabello y vestido de monge para siempre. Viendo Gundebaldo que no se movia Luis con el atractivo de la corona, le acometió por otra idea análoga á la blandura de su carácter: le habló de la emperatriz, y le dijo, que habiéndola hecho religiosa por fuerza, no impedían las leyes de la Iglesia que la sacase del convento. La ternura despertó el valor, consintió el príncipe en la empresa, y Gundebaldo, suponiendo pretextos, fué á abocarse con los reyes de Aquitania y de Baviera. Estos dos príncipes estaban muy irritados contra Lotario su hermano mayor,

(1) *Nithard, hist. lib.* 1.

porque se arrogaba con altivez el disponer de todas las cosas sin darles parte en el fruto del comun atentado, y sin dignarse siquiera tomar su parecer. Fácilmente los persuadió Gundebaldo, que el yugo de un hermano imperioso era menos sufrible que el de un padre que no tenia mas culpa que su demasiada bondad. Habló tambien á los señores y á los obispos, y los enterneció con la viva pintura de la mansedumbre y beneficencia del infeliz emperador. Al punto fué á verse con Lotario que le creia suyo, y le empeñó fácilmente en juntar un parlamento para que se reconociese legalmente su autoridad en presencia del viejo emperador, al cual, añadía, no podria menos de ponerse en el número de los reyes holgazanes, indignos de mandar á la ilustre nacion de los franceses. Todos los grandes y los mismos reyes sus hermanos le obedecian ciegamente para apartar toda sombra de desconfianza.

Convocó Lotario el parlamento en Nimega, prohibiendo á los señores que fuesen armados; á persuasion de los monges, de quienes se creia asegurado, y que le parecían tan fuertes como los seglares (1). Los reyes de Aquitania y de Baviera, á quienes el emperador habia prometido en secreto aumentar sus mayorazgos, no dejaron de asistir. Viéndose Luis con tan fuerte apoyo, se presentó como soberano, y sin dejar á Lotario tiempo para proceder á la confirmacion de su tiranía, desconcertó todas sus maniobras con el tono imperioso que desde luego tomó, y los golpes de autoridad que dió sobre la marcha. Desterró al abad Hilduino con pretexto de que contra lo que se habia prevenido habia llevado gente armada; le quitó tambien sus abadías y el empleo de capellan mayor, dándosele á

(1) *Vit. Lud.*

Foulque, abad de Jumiega, y despues á Dregon, obispo de Metz. A Vala le dió orden de retirarse á su monasterio, y desde alli le llevaron á las orillas del lago de Ginebra, y le encerraron en una caverna inaccesible: Jesé de Amiens fué de puesto por sus colegas en el episcopado. Todo el mundo temió al emperador cuando vieron que el emperador no temia, y el atrevido Lotario, á pesar de los consejos de sus ministros que le incitaban á las últimas violencias, tembló ante su padre y su soberano, se arrojó á sus pies y le pidió públicamente perdon.

Solo se necesitaba un poco de constancia en mantener esta resolucio para que la autoridad de Luis fuese siempre respetada; pero presto volvió atrás. Es verdad que ya no trató de emperador á Lotario, pero dijo que le perdonaba, y le dejó su reino de Italia. Concedió igualmente el perdon á la mayor parte de los culpados, se contentó con condenar á algunos al destierro, y poco despues dejó que los desterrados volvieresen á presentarse en la corte. Aunque conservaba afecto á la emperatriz Judith, hizo escrúpulo de volver á tomarla por esposa, porque habia llevado el velo, al cual se creia ir aneja la profesion religiosa. La seguridad de su autoridad calmó sus escrúpulos retirando las tinieblas con que las facciones tenian encubiertos los verdaderos principios. Los obispos decidieron que la profesion forzada de Judith era nula (1), y habiendo confirmado esta decisio el Papa, primer intérprete de las leyes canónicas, corrió la emperatriz á presentarse en una asamblea convocada en Aquisgran, para justificarse de los delitos con que la habian calumniado (831). Preguntó el pueblo si se presentaba algun acusador, y ninguno se presentó; y despues la admitieron á pu-

(1) *Annal. Met. et Bert.* 829, 830.

rificarse con el juramento, segun las leyes francesas. Ofrecióse por su parte el conde Bernardo á justificarse con el desafio, y no atreviéndose nadie á sostener tan peligrosa acusacion, se le admitió tambien al juramento. Sin embargo, allí terminó su favor; pues la emperatriz, que recobró mas crédito que antes, no le volvió á mirar, ó porque la ausencia y el peligro hubieran estinguído una pasion real, ó mas bien porque nunca existió la tal pasion sino en el odio público, y porque las desgracias de Judith la hubiesen al fin abierto los ojos para conocer las tiránicas altiveces del conde.

Mas no supo utilizar con moderacion y secreto su ascendiente sobre el espíritu de su esposo el emperador (1). Aun no estaba enteramente apagado el fuego de la sediccion, y los castigos que ordenó ejecutar juntamente con las gracias indiscretas, multiplicaron las causas de la murmuracion sin disminuir el número ni el poder de los mal contentos. Aumentáronse al principio algun tanto sus dominios á los reyes Luis y Pipino; mas despues no se pudo formar un reino para el jóven Carlos sin volver á tomar algo de estos dominios. Aun estaba peor dispuesto para ello el ambicioso Lotario, despojado del titulo de emperador y reducido al limitado poder de rey de Italia. Asi que los tres hermanos, aunque de inclinaciones y miras enteramente contrarias, hicieron un interés comun de intereses tan diferentes y formaron una liga contra la emperatriz, divulgando los mas despreciables rumores contra ella, pero protestando al mismo tiempo, á fuer de rebeldes experimentados, que no asestaban sus tiros contra el emperador, sino que antes bien su intencion era preservar á este príncipe y á su imperio de su próxima ruina (832).

(1) *Astron. ann.* 833; *Nith. lib.* 1; *Thegan. cap.* 42.

Lotario, que no queria errar el golpe, se valió de un espediente el mas capaz de disminuir el horror á los ojos de los pueblos y asegurar el buen éxito. Procuró convencerlos de que se hallaba autorizado por el Papa, y para esto empeñó á Gregorio IV á que pasase con él de Italia á Francia, dándole á entender que se trataba de procurar la paz entre el padre y los hijos, y restablecer el buen orden en todo el imperio. Partió el Papa en esta persuasion, y llegó al mismo tiempo que Lotario al sitio que este habia señalado á sus dos hermanos en una vasta llanura de Alsacia entre Basilea y Strasburgo (833). En pocos dias se vió todo aquel país cubierto de tropas de los tres príncipes, y su padre el emperador juntó tambien un ejército capaz de derrotarlas, si hubiera sido tan fiel como era numeroso. Al principio hubo muchas negociaciones entre los dos partidos, mediando señores y obispos, pero cada partido procuraba obre todo tener de su parte al Sumo Pontífice. Por último, avanzaron los dos ejércitos uno contra otro para salir de la querella que siempre se quedaba indecisa á pesar de los congresos y de las cartas. El emperador estaba resuelto á dar la batalla, pero en vez de caer sobre unos hijos sublevados, cuando sus gentes permanecian fieles y no pedian mas que vengar sus injurias; por delicadeza, ó mas bien por pusilaminidad de su conciencia; todavía hizo una nueva tentativa con aquellos hijos desnaturalizados para que no se le pudiera hacer responsable de las funestas consecuencias de la batalla. Envióles pues una especie de manifiesto en el que les hacia presente que conculcaban los derechos sagrados de la naturaleza y de la religion, y sobre todo se quejaba de que no dejaran fuese á visitarle el Padre comun de los fieles, siendo así que él siempre habia honrado con sinceridad á la Silla apostólica, y se gloriaba de protegerla hasta el último suspiro.

De aqui tomó ocasion el artificioso Lotario para ganar tiempo y corromper las tropas del buen emperador (1). Le dijo al Papa, que tenia toda libertad de pasar al campo imperial, y que nada se deseaba tanto como una sincera reconciliacion. Entonces el Sumo Pontífice, seguido de una numerosa comitiva de obispos, pasó entre los ejércitos sin que nadie se apresurase á recibirle. Estaba ofendido el emperador de que el Papa no le fuese á visitar antes que á sus hijos. Entró el Papa en las filas, y acercándose al emperador le dió su bendiccion, asegurándole que el amor á la paz habia regulado todos sus pasos. «Vos, dijo el emperador, no sois recibido con los honores que entre nosotros se ha acostumbrado á hacer á los Papas; pero confesad que vuestra conducta es muy diferente de la de vuestros antecesores.»—«Sabed, le respondió el Papa, que yo sigo el mismo espíritu, y respiro como todos la paz que Jesucristo nos dejó.» Se empezó despues á tratar de negociacion conferenciando por algunos dias, despues de los cuales remitió el emperador á los tres príncipes el Pontífice, suplicándole que volviere para concluir el convenio. Pero Lotario, que era el alma de la liga, y habia tenido tiempo para disponer cuanto meditaba, no permitió que el Papa volviere.

Con estas negociaciones fingidas consiguió corromper ó intimidar las tropas de su padre, de tal modo que fué general la desercion. En pocos momentos se vió Luis casi solo, y muy cerca de ser asaltado de algunos furiosos, cuyos gritos oía ya, pidiendo unos su muerte y otros su deposiccion. Este desgraciado príncipe abandonándose á sí mismo, y no conservando mas sentimientos generoso que los de su estremada bondad, dijo á los pocos señores que se habian que-

(1) *Astron. ann.* 833; *Theg. cap.* 40 et seq.

«id tambien vosotros á rendiros á mis hijos, porque no quiero yo que vuestra fidelidad sea causa de vuestra perdicion.» El mismo fué en persona á ponerse en manos de sus pérfidos hijos, llevando consigo á la emperatriz Judith y al príncipe Carlos, cuyas desgracias sentia mas vivamente que las suyas propias. Inmediatamente se formó un nuevo tratado de reparticion entre los tres hermanos, y quisieron que le aprobase el abad Vala, á quien á pesar suyo habian sacado de su retiro, y este despues de haberle leído, dijo suspirando: «¡ay! de todo se ha cuidado menos de los intereses de Dios!» Reflexion tardía sobre un desenlace que era fácil de prever, pues es el ordinario resultado de las rebeliones, aunque lleven el colorido de los mejores pretestos. Se retiró, pues, lleno de amargura su corazon, dejó el reino, y fué á encerrarse en el monasterio de Bobio en Italia, en donde trabajó eficazmente por la reparacion de su falta y por el restablecimiento del emperador. El Papa por su parte tomó el camino de Roma con una especie de desesperacion, por haber precipitado esta catástrofe por los mismos medios que habia creído mas propios para evitarla. A la emperatriz Judith la enviaron prisionera á Tortona en Italia: á su hijo Carlos al monasterio de Prum en las Ardenas, y al emperador Luis al monasterio de San Medardo de Soissons. El sitio donde se le hizo al príncipe una traicion tan indigna, fué llamado el campo de la mentira.

Entretanto se convocó una asamblea general de la nacion, que se habia de celebrar en Compiègne el primer dia de noviembre de aquel año 853, para dar una forma legitima á lo que tan tumultuariamente se acababa de hacer. Parecia que no era bastante triste la suerte del infeliz emperador, mientras no pareciese que la merecia. Abandonó Lotario el proyecto que no le salió bien

de hacerle monge; pero para quitarle toda esperanza de volver al trono, resolvió añadir la infamia á la desgracia, haciéndole su proceso en forma en la asamblea de la nacion, sujetándole á la penitencia pública por sus pecados, suponiendo que á esta iba aneja segun los cánones la inhabilidad para volver á tomar las armas y tener parte en los negocios del Estado, siendo esto una falsedad, aun respecto de los particulares, para los que esta especie de ejercicios solo eran prohibidos mientras duraba la penitencia, pero jamás pretendieron los cánones comprender á los soberanos en una prohibicion que tan visiblemente seria en perjuicio del Estado. Pero Lotario procuró convocar crecido número no solo de señores legos, sino tambien de obispos y abades que le eran ciegameute adictos. No obstante, hubo muchos á quienes no habia trastornado el vértigo de la faccion, y siempre perseveraban dispuestos en favor de su legitimo soberano; pero, en los momentos de crisis y fermentacion, no se necesita mas que un genio de cierto carácter que haga prevalecer la ilusion y quite estos débiles apoyos á la inocencia desgraciada.

Ebbon, arzobispo de Reims, hombre indefinible por las opuestas cualidades que juntaba, poseia altamente el talento de agradar á los potentados sin principios, de seducir ó intimidar á sus colegas, é imprimir una especie de respeto ó á lo menos de llevar á donde queria aun á los mismos que no lo estimaban (1). Como habia nacido en la esclavitud, manifestaba tanta mayor altivez y amor á dominar cuanto mas temia que se acordasen de la bajeza de su origen. No es esto decir que no tuviese prendas propias para ocultarla, ni que el mérito no hubiese contribuido tanto como la intriga á su elevacion. El emperador Luis, cuando no era mas que rey de Aquitania,

(1) Theg. ubi supra.

le habia sacado de la servidumbre, le habia provisto de abadias, y por último le elevó á la gran Silla de Reims, por su poco discernimiento en la distribucion de las plazas honorificas, de lo cual nunca tuvo mayor motivo para arrepentirse que en esta ocasion. Ebbon, susceptible de todas las formas sin conservar ninguna, por algun tiempo pareció que merecia su fortuna antes de mostrarse absolutamente indigno de ella. Fué sucesivamente cortesano rendido y cumplimentero, misionero celoso por la conversion de los bárbaros, tea de la discordia y de la rebelion, pero siempre espíritu inquieto, enredador, corazon ingrato, prelado tal vez sanguinario y de costumbres perdidas, pues se le acusó de impureza y de crueldad. En una palabra, mostró que era digno ministro de un príncipe tan desnaturalizado como Lotario, á quien vendió sus servicios por el sacrilego precio de la rica abadía de San Vaast de Arras (1).

Como presidente de la asamblea de Compiègne, á lo menos por la parte que se erigia en Concilio, exaltó el poder episcopal sin distincion de objetos, exageró tambien los supuestos excesos de su soberano, y concluyó poniéndole en penitencia por todo el resto de su vida. Los otros obispos de la junta todos incurrieron en la cobardía de suscribir á su dictámen, y al punto señalaron el dia y el lugar de una escena tan estraña, y en este mismo mes de octubre de 853 fueron al monasterio de San Medardo de Soissons, señalado para prision del emperador depuesto. Hubo un concurso de pueblo tan estraordinario, como el espectáculo que le ocasionaba; y el infeliz emperador apareció en medio de la multitud como una victima que iba á ser sacrificada. Se postró sobre un cilicio estendido en el suelo delante del altar, se

(1) Plod. lib. 2, cap. 20.

confesó públicamente reo de muy grandes delitos, pidió por ellos penitencia «para merecer, decia, la absolucion de los que tienen del cielo el poder de atar y desatar.» Se deshacia la gente en lágrimas; pero los obispos de la faccion, no teniendo todavia por suficiente la amargura de esta humillacion, le dijeron que no se sorprendian as las gracias del Señor, y que si queria conseguir el perdon de sus culpas, era necesario que hiciese de ellas una confesion circunstanciada. Le pusieron en la mano un escrito, que contenia en ocho artículos los falsos delitos con que convenia á la faccion desacreditarle, y le obligaron á leer el papel en voz alta y á reconocerse culpable de todo cuanto allí estaba escrito; hizolo asi regándole con sus lágrimas; despues se lo volvió á los obispos, y estos lo pusieron sobre el altar. Hecho esto, se quitó el emperador el tahalí, le puso tambien sobre el altar, se desnudó de las vestiduras Reales, recibió el hábito de penitente, y él mismo se le vistió. Acabada esta odiosa ceremonia, llevaron á Luis á una celda del monasterio en donde le dejaron con buena guardia. Los rostros de todos se cubrieron de tristeza y confusion, y cada uno se volvió á su casa en el mas doloroso silencio.

Advirtiendo Lotario que su atentado no era aplaudido, quiso justificarle á los ojos del pueblo, y comunicar á todas las clases del Estado el contagio de la rebelion. Se formó una relacion motivada de cuanto se habia hecho, y se publicó como un manifiesto justificativo de aquella série de horrores. Pero esta publicacion produjo un efecto totalmente contrario al que se prometian, porque escitó la indignacion de todos los que no tenian parte ni interés en los hechos de los rebeldes. Detestaron á los autores de una maniobra tan abominable, y ellos mismos empezaron á avergonzarse de ella, y aun se observa que ningun obispo se atre-